

# De memoria y memorias

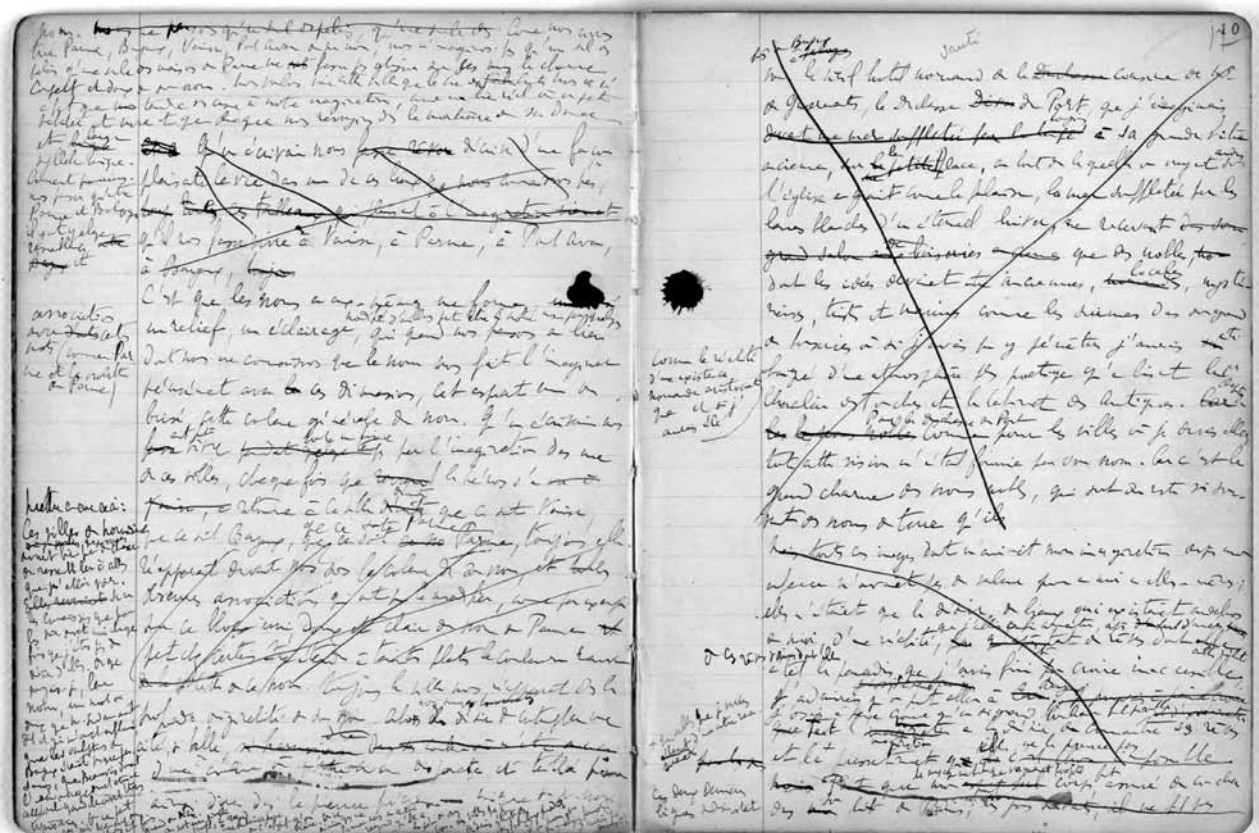
Un acercamiento a  
“Funes el memorioso”  
a partir de  
Walter Benjamin

*Circe Rodríguez Pliego*

*Walter Benjamin proporciona una clave de lectura para uno de los relatos siempre presentes de Jorge Luis Borges*

JORGE LUIS BORGES, en el pequeño prólogo a la compilación de cuentos titulada *Artificios*, se refiere a “Funes el memorioso” como una larga metáfora del insomnio. En este sentido, la aguzada percepción del personaje borgeano habrá de interpretarse como el testimonio de aquellas horas en las que el sueño, cual huidiza presa, se esconde entre la penumbra de una noche al parecer interminable.





Manuscrito de Marcel Proust. <http://bit.ly/aPkhMR>

Un estado en el que los estímulos, las impresiones e incluso los pensamientos “golpean” al noctámbulo con una fuerza y viveza inusitadas, que ponen en cuestión su capacidad para escapar de las redes que la conciencia teje. Y es que en las noches en vela la atención del individuo retorna una y otra vez tanto a los objetos que pueblan el espacio por él habitado, como a los pensamientos que ocuparon su atención durante las horas de claridad.

Las noches insomnes carecen de la mágica indeterminación de aquellos momentos en que, para el individuo, oscilante entre la vigilia y el sueño, el mundo se muestra con un rostro diferente; momentos en los que la sombra de una cortina proyectada sobre la pared adquiere formas fantásticas e insospechadas, de manera análoga a la media que enrollada en un cajón puede serlo todo a la vez, e igual que los juegos de los niños, con un toque logra transformarse en otra cosa.<sup>1</sup> Enunciando o, si se prefiere, denunciando que tras la faz

consciente y cotidiana los objetos, e incluso la propia persona, pueden ser algo diferente de sí mismos.

Esta semejanza de un mundo consigo mismo evidencia que, detrás del semblante cotidiano, aquellas cosas que se presume guardan una condición de igualdad, esto es, una estructura constante en el espacio y a través del tiempo, poseen una faz ignorada que invita a reevaluar las interpretaciones que hacemos sobre ellas. Estado de semejanza que se presenta al individuo a través de manifestaciones como el juego y el arte, y que se vincula al ámbito de la no-conciencia mediante el sueño y el recuerdo involuntario.

## I. Memoria involuntaria

Cuando el filósofo alemán Walter Benjamin, haciendo referencia a Marcel Proust, introduce la noción de la memoria involuntaria, plantea la posibilidad de que el recuerdo, más que ser producto de una acción consciente, brota de los oscuros parajes del inconsciente. Dicho argumento señala la existencia de un sustrato ignorado por el individuo, en el cual la rememoración

<sup>1</sup> Walter Benjamin, “Una imagen de Proust” en *Iluminaciones I*, 2ª ed., trad. de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, 1999.

alumbra por un instante el territorio en penumbras del ayer, descubriendo una parte de la existencia hasta entonces ignorada.

Fuegos fatuos que se evaporan con el amanecer, pero que con su aparición revelan algo que se encontraba olvidado; en este sentido, el rasgo nemotécnico aparecido involuntariamente fractura la continuidad discursiva creada por y mediante el recuerdo voluntario y, con él, parte importante de la historia individual, aquella que se construye a partir de la evocación consciente del ayer. A través de esa fractura se produce una iluminación, la cual, de no ser recogida por la conciencia, corre el riesgo de sumergirse nuevamente en las caudalosas aguas del olvido.

De manera que la aparición del recuerdo involuntario sólo cobra sentido en tanto se vincula con la experiencia, pero básicamente cuando logra transformar la noción misma de experiencia que el *rememorante* posee, mediante un proceso de elaboración. Es decir, permite reorganizar lo vivido, evaluar la propia historia bajo una nueva luz.

Situación manifestada por Benjamin cuando sostiene que Proust cada día con una labor monómana sujeta a la finalidad de relatar sus vivencias, más allá aún de aprender la obra de una vida y la vida en una obra, “deshace a través de la escritura los ornamentos del olvido”, sin dejar que se le escape ni uno solo de los recuerdos que entrelazados con la tinta reconstruyen, reconfiguran su existencia.

Teleología que lo lleva a sumergirse en las aguas de un pasado metamorfoseado por la erosión y el desgaste, y que obedece a una búsqueda, a un deseo o incluso a una necesidad, ¿de qué? Quizá, como sostiene Benjamin, de dicha, de una férrea voluntad por restaurar la dicha primera y original del pasado idealizado.

O quizá es movido por el anhelo de conjurar a la muerte, en tanto es la muerte a la que tiene incansablemente presente cuando escribe; es la crisis que amenaza, que le ahoga la que ha penetrado en su

creación; en su “sintaxis que imita rítmicamente y paso a paso su miedo a la asfixia”.<sup>2</sup>

Pudiera ser incluso que ambas consideraciones antes que excluirse se complementen, pero no sólo en función de la empresa proustiana, de manera general la muerte está presente allí donde el recuerdo se torna fascinación y búsqueda. Ella es quien detona la necesidad de recuperar el pasado, de perpetuarlo ya sea mediante la historia, la creación o la narración.

Es la certeza de su finitud la que conduce al hombre a buscar medios para eludir su inexorable destino, medios que le regalen, aunque sea ficticiamente, un dejo de eternidad.

Para ello, Proust “terminó por hacer de sus días noches, para dedicar sin estorbos, en el aposento oscurecido”, todas sus horas a impedir que se le escapase uno solo de los rastros que habrían de conducirlo al tiempo perdido.

A este respecto podríamos argumentar que el recuerdo se encuentra alumbrado por una tenue luz que sólo permite vislumbrar frágiles sombras, bosquejos deformados por el vertiginoso correr de las manecillas; y quizá es por ello que despierta en nosotros una suerte de fascinación.

Existe en la memoria cierta magia, un hechizo que convierte al recuerdo en una fruta madura, la cual al ofrecerse como prohibida no cesa de reiterar nuestra imposibilidad de remontar lo andado, de retornar a la calidez del terruño, al tiempo perdido y sus secretos.

## II. La memoria funeana

A diferencia de Proust, para quien el recuerdo se torna fascinación y búsqueda, para Funes, la rememoración adquiere el carácter de una sentencia que le condena a persistir inmerso en una realidad infatigable.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 33.

El personaje de Borges no sólo era capaz de ordenar y clasificar una a una las imágenes que discurrían por su mente; de manera análoga, podía reproducir con toda viveza y detalle cada una de las veces que las había observado e incluso imaginado. Fruto del azar, su memoria y percepción se tornaron infalibles, convirtiéndolo en el infatigable viajero de un mundo pletórico. Transeúnte que discurre con idéntico ahínco por los contornos que dibuja en el espacio un oloroso gajo de santonina, como por los remotos parajes cincelados en su mente.

Una y otra vez traspasa la cristalina barrera que separa su inmóvil figura de aquellos territorios que conoce como nadie, que ha observado como nadie. Cada rasgo, olor o textura poseen una cualidad única e irrepetible; singularidad que deja una huella indeleble en su infatigable memoria; son figuras suspendidas en la diáfana claridad de una mente que todo lo recuerda, imágenes sustraídas del tiempo y salvaguardadas de sus efectos.

Así, este “Zarathustra cimarrón y vernáculo” pasa los días con la mirada fija en los habitantes de un mundo al que observa desde su calidad de eterno prisionero. Recreando a voluntad uno a uno los datos que rebasan el umbral de su percepción, edifica una experiencia que si en apariencia posee una inconmensurable riqueza, no es mucho más que un mero recuento de sensaciones.

Funes es una memoria infalible para quien el cuerpo es un simple cascajo que resguarda su más preciado, su único bien, propiedad cuyo costo fue la renuncia a su ser cuerpo. Borges describe que “poco después [del accidente] averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó [sintió] que la inmovilidad era un precio mínimo... Llevaba [así] su soberbia hasta el punto de simular [quizá de pensar] que el golpe que le había fulminado era benéfico”.

Concepción que no puede más que evocar aquellas consideraciones que pensaron al cuerpo como un mero apéndice de la razón, la materia que aprisiona y constriñe el alma, el ser o el pensamiento. Y sin embargo, a diferencia de la percepción funeana, el cuerpo no es un mero receptáculo de información que proporciona la “materia prima” para la constitución del conocimiento,

o en su caso para la elaboración del recuerdo. Éste es fruto del entrecruzamiento entre lo social, aquello que de él mienta y significa un organismo colectivo, y la vivencia individual. Entramado que no sólo nos pertenece, sino que nos forma y conforma, somos un cuerpo que se abre al gozo, a la libertad y por supuesto a la temporalidad y a la muerte.

De tal manera, Funes en el accidente no sólo perdió su corporeidad, sino también la temporalidad. Según el relato de Borges, el memorioso Funes muere en 1889 de una congestión pulmonar, no obstante algo de la muerte ya se había anticipado para él, pero no en tanto testimonio de su ser finito, sino como ausencia.

Ireneo, postrado en su lecho allende algún arrabal sudamericano se contenta con fijar en su mente cada uno de los hechos que ante él transcurren. Su labor se centra en detallar los rasgos del tiempo delineados en el proceso de corrupción, un tiempo que sin embargo se le escapa de entre las manos.

Así, la temporalidad para Ireneo adquiere el carácter de la inmediatez, pues si bien posee un vasto pasado, éste a fuerza de ser reproducido una y otra vez se transforma en un presente perpetuo. Es por ello que el personaje borgeano se encuentra ajeno a cualquier formulación histórica; al menos si se considera ésta más que un mero recuento de las andanzas pretéritas, como una tarea “hermenéutica” que interpreta el ayer a la luz de los acontecimientos presentes y que se proyecte hacia el futuro.<sup>3</sup>

Porque para Funes el futuro es una mancha informe, compacta, una oscuridad interminable hacia la cual vuelve el rostro para poder dormir, para descansar de la realidad que en su riqueza lo asedia día con día; por lo cual la posibilidad de concretar el relato de su historia le está vedada. Pero Ireneo no sólo es incapaz de concretar su propio relato, de comunicar las propias experiencias, el joven compadrito de Fray Bentos es incapaz de vivir.

<sup>3</sup> Mosés Stéphane, “Los tres modelos de historia en Walter Benjamin” en *El ángel de la historia, Rosenzweig, Benjamin, Scholem*, Madrid, Frónesis Cátedra, 1997, p. 130.



Puesto que la vida, ese estrecho sendero que discurre entre el nacimiento y la agonía, se constituye a partir del recuento de aquellos momentos que celosamente atesoramos, del presente que veloz se aventura como pasado y que da pie a algo “nuevo”, a una figura enraizada en el porvenir.

Es decir, de todas aquellas vivencias que en el transcurso de la existencia ponen en movimiento una serie de imágenes en la interioridad del hombre, imágenes que configuran las nociones de la propia persona y entre las cuales se encuentra a sí mismo. Vivencias que al ser comunicadas no sólo responden a la experiencia

personal y privada, sino que se conjugan, que juegan con lo colectivo.

Por ello una historia cualquiera en determinado momento, y a raíz de su elaboración, puede resultar tan irresistible que “cada uno vuelve a encontrarla en su propia existencia”,<sup>4</sup> llegando incluso a considerar que no se es más aquel que escucha, sino el que recuenta.

Para Benjamin la conservación de las experiencias era una labor que antaño se vinculaba con la figura del narrador, quien mediante la palabra hacía partícipe al

<sup>4</sup> Walter Benjamin, *op. cit.*, p. 35.



otro de lo vivido, transmitiendo el ayer y esperando una nueva voz que proveerá un hábito al bagaje heredado. No obstante, el arte de narrar se ha sumergido en la oscuridad del olvido; la consecuencia, a decir de Benjamin, se debe a la incapacidad del individuo para interiorizar, para hacer suya la creciente cantidad de información que sobre él incide.

Cabe señalar que para el filósofo alemán la desaparición del narrador como figura histórica está relacionada con las condiciones de vida en las grandes urbes, y con los cambios que éstas generan en la experiencia individual; una experiencia para la cual el *shock* se ha consolidado como la norma de acción y reacción; circunstancia que ciertamente no es compartida por Funes.

Sin embargo, si consideramos en analogía con las condiciones urbanas, que a mayor cantidad de información menor es la capacidad del individuo para vincularse de manera personal con ella, es decir para interiorizar los estímulos y transformarlos en parte de su experiencia, bien podríamos comprender la circunstancia planteada por Borges en la figura del compadrito Ireneo. Para quien se halla inmerso en un raudal infatigable de información, que no le concede tregua ni descanso, le es imposible elaborar el entramado de su experiencia.

Por ello, Ireneo sólo posee las imágenes que el mundo imprime sobre su memoria, sin lograr encontrar en ellas referencia a su propia persona, esto es, sin identidad se transforma en el puro acto de recordar, anclado a la conciencia —entendida ésta en términos de percepción— y desterrado del olvido.

Ahora bien, si el olvido es una parte concomitante de la rememoración, no es menos prescindible en y para la vida misma. Nietzsche señala en la intempestiva dedicada al tema de la historia que así “como la vida de todo ser orgánico requiere no sólo luz sino también oscuridad”,<sup>5</sup> toda acción requiere olvido, de manera que es imposible vivir sin olvidar:

Imaginemos el caso extremo de un hombre que careciera de la facultad de olvido y estuviera condenado a ver en todo un devenir: un hombre

semejante no creería en su propia existencia, no creería en sí, vería todo disolverse en una multitud de puntos móviles, perdería el pie en ese fluir del devenir; como consecuente discípulo de Heráclito, apenas se atrevería a levantar un dedo.<sup>6</sup>

Si Nietzsche consideró tal posibilidad, fue Borges quien en la figura del memorioso Funes mostró la insustancialidad de una existencia tal, condición que se traduce en su incapacidad de transformar el recuerdo en experiencia de vida, o si se prefiere, de apropiarse de su experiencia.

En este sentido, Adorno considera que, hasta cierto punto, el olvido es el fundamento de la memoria involuntaria, aseveración que reafirmaría la consideración benjaminiana que sitúa la tarea de Proust más cercana al olvido que a lo que comúnmente llamamos recuerdo.

Y es que en el acto de recordar acuden al individuo las huellas que los acontecimientos dejaron tras de sí pero deformadas por el paso del tiempo y por la acción del olvido.

De ser cierto que la posibilidad de recrear y reelaborar las experiencias se encuentra enhebrada, entretendida con la facultad de olvidar, es posible apreciar por qué la memoria de Funes no es más que pura y simple repetición. Memoria análoga al recuerdo que una y otra vez se presenta ante nosotros, a aquel pensamiento que no cesa de hacerse presente a lo largo de las noches insomnes, que sobrellevamos detallando los contornos de las manchas que la humedad ha dibujado en la pared.

Noches en vela que no responden a la finalidad de aprehender aquellas experiencias que, como señala Benjamin, vendrían a nuestro encuentro si fuésemos menos proclives al sueño, como Proust, para quien las noches son un bosque encantado poblado de recuerdos. ■■■

<sup>5</sup> Friedrich Nietzsche, *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*, p. 15.

<sup>6</sup> *Idem.*